

**COMENTARIOS A *ACADEMIC SCEPTICISM*
IN *HUME AND KANT* DE CATALINA GONZÁLEZ**

Andrea Lozano Vásquez

Universidad de los Andes
E-mail: a.lozano72@uniandes.edu.co:

Es un placer para mí comentar brevemente el reciente libro (2022) de la profesora Catalina González Quintero, libro que considero de la mayor relevancia para los estudios escépticos en general y en especial dentro del ámbito latinoamericano.

Comenzaré con una presentación del esquema general del libro para luego ocuparme de la pareja de capítulos que la autora dedica al escepticismo antiguo, ciceroniano, como lo anuncia el título del volumen, y su conexión con el pensamiento moderno de Hume y Kant. Este libro ha visto la luz en la colección Synthese Library que recientemente ha acogido a varios otros estudiosos panamericanos del escepticismo¹. El libro pretende demostrar que estos últimos pensadores se valieron de estrategias escépticas para examinar y distinguir aquellas creencias religiosas de corte metafísico que se pueden conservar dignamente como base de la moralidad aunque ellas mismas no resistan las pruebas cognitivas más ácidas. Se busca mostrar cómo un agente puede conservar no dogmática aunque autónomamente este tipo de principios. Este objetivo general está apuntalado en una fundamentación tripartita cuyos pilares están cada uno consolidado por una dupla de capítulos. Los ocho capítulos se organizan así: una primera pareja que engloba toda la construcción constituida por la Introducción (Capítulo 1) y la conclusión (capítulo 8); un pilar antiguo que conjuga los capítulos 2 (The Skepticism of New Academy: From *Epochê* to Persuasion) y 3 (Academic Skepticism and Metaphysics: On the Gods and Immortal Soul) a los que regresaré en breve. Una tercera pareja, dedicada a Hume, constituida por los capítulos 4 (Hume's Academic Skepticism: A Normative Theory of Belief) y 5 (Hume and Cicero on Metaphysics: Philo's Non Dogmatic Deism) y una última dupla, concentrada en Kant, en la que están los capítulos 6 (Skepticism and Skeptical Method: Sources of Ancient and Modern Skepticism in Kant) y 7 (Kant's Critical Solution to the Antinomies as an Academic Response to the *Apraxia* Objection). Cada uno de estos capítulos está cuidadosamente dispuesto para guiar al lector a través de una argumentación de largo aliento para la tesis general ya enunciada. Sin embargo, también cuentan con

¹ En los últimos años se han publicado en esta colección los siguientes volúmenes escépticos y latinoamericanos: Diego E. Machuca, *Pyrrhonism Past and Present. Inquiry, Disagreement, Self-Knowledge, and Rationality*. Synthese Library. Springer. 2022. Rodrigo Pinto de Brito. *The Skeptical Dynamis and Its Pragmatic Possibilities*. Synthese Library. Springer. 2022.

Plínio Junqueira Smith. *Sextus Empiricus' Neo-Pyrrhonism: Skepticism as a Rationally Ordered Experience*. Synthese Library. Springer. 2022.

También de Springer, aunque en otra colección: Vicente Raga Rosaleny & Plínio Junqueira Smith. *Sceptical Doubt and Disbelief in Modern European Thought. A New Pan-American Dialogue*. International Archives of the History of Ideas Archives internationales d'histoire des idées (ARCH, volume 233). Springer. 2021, volumen en el que la propia profesora Catalina González aporta una contribución.

tesis propias, más acotadas, prolijas y autosuficientes de suerte que también es posible una lectura separada de cada unidad.

Este estudio ilumina una parte de la relación entre el escepticismo antiguo y el escepticismo moderno o, más claramente formulado, entre el escepticismo antiguo y las inclinaciones escépticas de la filosofía moderna. Tal examen se realiza, además, desde una óptica distinta a la predominante en la literatura secundaria. En primer lugar, González se concentra en Cicerón, personaje soslayado por la crítica en virtud de la complejidad de su pensamiento. La mayor parte de los estudios dedicados a trazar este linaje antiguo en la filosofía moderna se concentra a veces con exclusividad en Sexto Empírico. Otras fuentes como el propio Cicerón y Plutarco se consideran influencias meramente literarias. Ciertamente, son dos las características que dan cuenta de aquella complejidad: su estilo y su eclecticismo. En efecto, por considerarlo un rétor y un escritor ante todo, Cicerón pasa entre la crítica más ortodoxa por un filósofo menor; solo ciertas obras, aquellas que rastrean explícitamente preocupaciones epistemológicas (*Cuestiones académicas*), son estudiadas dentro de este contexto. Su corpus restante ha sido menos explorado desde esta perspectiva. Catalina González aporta en esa constelación de estudios una mirada renovada hacia la filosofía que acepta y analiza sin temor las herramientas teóricas y argumentativas que la crítica más ortodoxa descarta.

Esta amplitud se acentúa también en su peculiar interpretación. Esta es precisamente la que celebraba como latinoamericana. Si bien el trabajo parte del trabajo doctoral de la profesora, su perspectiva ha madurado profundamente, nutrida por su trabajo docente y de formación de investigadores, dedicado en los últimos años al estudio minucioso del fideísmo.

En cuanto a los dos capítulos que me interesan, comienzo diciendo que también la pareja de Arcesilao y Carnéades ha sido descuidada en la literatura sobre el escepticismo, con excepción de los trabajos de Katja Vogt, una de las interlocutoras constantes de González.

En este segundo capítulo se aborda la muy conocida objeción de la apraxia con el propósito de mostrar una divergencia entre la respuesta pirroniana –o quizá mejor sexteana– que se afina en la heteronomía y la respuesta académica que se afana por construir lo que González llama una “autonomía práctica”. Con una precisión filosófica poco común en el tratamiento de estos primeros académicos (cfr. págs 26-29), para lo cual se vale de otras fuentes a su vez soslayadas como el *Contra Colotes* de Plutarco, González distingue entre Arcesilao y Carnéades atribuyendo al primero un escepticismo radical (cfr. págs 21-22) que es rechazado por el segundo a favor de una suerte de falibilismo (cfr. pág. 29-30). En efecto Carnéades concede que nuestras capacidades mentales son incapaces de alcanzar la certeza, sin embargo considera que algunas creencias son persuasivas incluso más allá de las dudas escépticas. Tal clase de creencia, incluso si es falseable, puede orientar la acción. Este será un antecedente clave para su interpretación de Cicerón: la tendencia a usar argumentos retóricos en el seno de la justificación de la creencia religiosa.

Este movimiento argumentativo le permite a González defender que, a diferencia del escepticismo sexteano, pirroniano, heredado de *Contra los profesores* y los *Esbozos pirrónicos*, en los desarrollos académicos podemos encontrar algún rastro de autonomía para los asuntos prácticos. Por supuesto que dicha apuesta es una pica en Flandes para la ruta kantiana que el libro traza. Por ello, la profesora González debe distanciarse de los intérpretes que abogan por un cierto automatismo del escéptico. Para estos, lo hecho al resultar de una reacción directa a la información sensorial podría ser incluso tildado de irracional, semejante al comportamiento animal, de suerte que pueda desembarazarse de la psicología estoica que está en corazón de la crítica de Carnéades y Arcesilao.

Es nodal en este argumento la distinción entre esta suerte de racionalidad práctica que mueve la acción y la causalidad epistémica propia de los estrictos criterios estoicos. De ahí la importancia de distinguir el vocabulario y las condiciones –que no criterios– que distinguen entre el asentimiento y la aprobación (cfr. págs. 35-37). González apoya una buena parte de su interpretación en la forma en que Plutarco, reconstruye el pensamiento de Arcesilao quien cree que la acción está basada en contenidos “mentales” de corte psicológico que detonan la acción al ser aceptados acríticamente, en aras de provocar la acción y evitar la apraxia. Por el contrario, para González, Carnéades prescinde de los contenidos mentales para afincarse en la persuasividad de las opiniones de suerte que su racionalidad práctica ofrece razones para la acción sin comprometerse con pretensiones teóricas sobre el mundo. Así las cosas, es posible mantener la suspensión del juicio escéptica al tiempo que no se reduce la acción al empuje de

impulsos e impresiones. A mi juicio es deseable caracterizar un poco más la distinción entre “no psicológico” y “racional” que le permite a González hablar de autonomía.

Por su parte el capítulo tercero dedicado a Cicerón presenta una tesis igualmente desafiante sobre el papel de la retórica en la caracterización del sabio. Con el objetivo de conectar a Carnéades y Cicerón, González insiste en la formación retórica de corte aristotélico del primero. Esto, me parece, le permite suponer que esta clase de argumentación dialéctica ha de ser usada en casos en los que no podemos usar la bivalencia bien sea porque aquello que se quiere probar es su funcionamiento mismo –como en el caso del principio de no contradicción– o porque el juicio resulta equipolente. Este procedimiento es usado para examen de ciertas tesis ya no empíricas, como las que se discutieron en el capítulo anterior, sino metafísicas, como las que se refieren a la naturaleza de los dioses y la inmortalidad del alma, tesis que, de acuerdo con la profesora, son esenciales para la acción. Los objetivos de este capítulo son múltiples; de un lado, trazar una conexión directa entre Carnéades y Cicerón mediante el criterio de lo persuasivo; de otro, mostrar que la aceptación de este criterio no es contraria al escepticismo ácido pirroniano justamente porque no hay asentimiento alguno involucrado (cfr. págs. 51-52). En esta misma línea de argumentación, aunque no explícitamente, González pretende mantener el linaje escéptico de Cicerón si bien en las dos fuentes aquí examinadas –*De natura deorum* y *Tusculanae Disputatione*– son mucha más próximas al estoicismo.

González comienza mostrando que Cicerón emplea dialécticamente las posiciones de otras escuelas filosóficas como introducción a su examen. Este contrasta esas posturas y extrae aquellas que, pese al test escéptico, continúan siendo persuasivas. Considero que este relevamiento del proceder ciceroniano resulta en sí mismo argumentativo en tanto algo muy semejante se puede entrever en los argumentos kantianos de la *Crítica del juicio* relativos a la estética y la moralidad. De esta forma, la continuidad que interesa a González entre estos pensadores antiguos y modernos es trazada conceptual y metodológicamente.

El corazón del examen de este capítulo es la noción de prolepsis, de procedencia epicureista, pero central para el estoicismo. En efecto Cicerón se ocupa de mostrar cómo puede Crisipo defender en simultánea la existencia de impresiones aprehensivas y de preconcepciones al hacer que estas últimas surjan de aquellas (cfr. 54-55).

En el caso de las preconcepciones relativas a los dioses, el argumento de Veleyo va a más allá. No sólo permite, como lo haría una impresión aprehensiva, afirmar la existencia de aquellos sino que sustenta nuestra semejanza con ellos, su felicidad e inmortalidad y su desprecio por los asuntos humanos. Este punto de partida lleva a

una fuerte discusión entre otros dialogantes –Cota y Balbo– que González reconstruye con detalle (cfr. págs. 58-61) y comenta tomando distancia de las interpretaciones más corrientes (cfr. págs. 61-62). Su defensa de los intereses prácticos y políticos de Cicerón son la vía perfecta para conectar sus propósitos con los que animan a Hume –en sus *Diálogos sobre la religión natural*– y para explicar el acuerdo ciceroniano con el estoicismo como provisional, aquel que se produce en virtud del estado actual de la investigación.

La defensa de la inmortalidad del alma procede de manera muy distinta. Allí González insiste más en la autoridad y la cantidad de argumentos provistos y se invierte la actitud hacia el epicureísmo y el estoicismo. En la primera sección se acepta el estoicismo como la base más sólida para la creencia, mientras que en esta otra argumentación el epicureísmo resulta más útil. Una vez más González considera que la aprobación de las posiciones platónica y epicureísta no es incompatible con una actitud escéptica (cfr. pag.67). En este ambiente, es claro cómo la retórica adquiere la relevancia que ella le otorga; Cicerón, en consecuencia, también insistiría en la importancia del legado retórico académico y en una necesidad de abandonar la falsa dicotomía socrática –¿platónica?– entre el pensamiento y el lenguaje. Esa insistencia se apoya, a su vez, en la defensa de lo plausible como un criterio compartido por la academia y por el aristotelismo que concibe la retórica y la dialéctica filosófica como herramientas que se complementan (cfr. pag.73).

El apartado final de este capítulo se ocupa de explicar cómo pueden atribuirse actitudes piadosas sinceras al escéptico sin asociarlas a creencias sustantivas sobre la existencia de los dioses y su relación con los hombres. Una vez más en este punto la profesora González se distancia de la crítica ortodoxa –en particular de Thorsrud (cfr. pág.77) a quien controvierte y a la vez emplea–. González sugiere que los nuevos académicos defienden la posibilidad de tener estados afectivos asociados a las prácticas religiosas basados en algo más que la heteronomía de la costumbre. Al examinar y sopesar cada creencia, los académicos obtienen condiciones de aprobación de esas creencias que hacen sus prácticas autónomas y racionales.

Atípico, por decir lo menos, resulta el excursus que incluye la profesora González al final de este cuarto capítulo. Ella acude a la obra de Thornton Wilder (1961, *The Ides of March*) para dejarnos ver el estado mental de César al considerar la abolición de la creencia religiosa. Este ejercicio permite insistir en que su preservación no es meramente utilitaria. Ella también se afina en una suerte de duda que incluso se resiste al más poderoso arsenal escéptico que controvierte cada dogma. Esa sana preservación de la incertidumbre impide tanto la metafísica negativa como el externalismo respecto de las razones para la acción.

No me queda más que celebrar la aparición de este libro y la claridad y distinción con la que la voz de Catalina González se incluye en la interpretación escéptica mundial y en especial latinoamericana. Este libro perfila su específica perspectiva y su pensamiento transdisciplinar que le permite trascender algunos prejuicios esclerotizados en la crítica filosófica. Pensamiento académico, como el que ella reconstruye, que ofrece nuevas luces tanto al escepticismo antiguo como a su recepción en la modernidad.